

Plinio solo y aburrido, se asomó al balcón de la plaza y vio, más allá de unos corrillos de emboinados, que el casino ya estaba abierto. Con rapidez, llamó por teléfono a Manolo Perona, para enterarse si había llegado don Lotario y si no, que enseguida que llegase que era donde primero iba por la mañana le dijese que viesese rápido al ayuntamiento.

— ¿Es que ha ocurrido algo, Manuel? le preguntó el camarero Manolo.

— No sabemos nada todavía —le dijo Plinio con aire discreto.

Antes de irse al bar Alhambra, prefirió Plinio esperar a don Lotario en la puerta del ayuntamiento. Por eso se plantó allí, mirando atentamente a la calle de la Independencia y no hacía caso de lo que comentaban los guardias.

Diez minutos después aparecía don Lotario. Plinio le hizo una señal para que se trajese el coche que lo tenía aparcado en la acera del casino de San Fernando.

Don Lotario, al ver a Plinio, nerviosísimo como siempre, se fue rápido hacia el coche. Dio la vuelta a la plaza, llegó junto al casino y se sentaron los dos amigos en el asiento delantero con las caras muy pegadas al parabrisas.

No cabía duda de que aquella mañana comenzaba a animarse al pueblo en el que solían aburrirse hasta los jugadores de bingo.

Plinio y don Lotario se animaban enseguida que había caso a la vista. Y claro, si el caso era un muerto, se morían de gusto.

En aquel momento, vieron que los del juzgado montaban en un taxi.

— A los puñeteros del juzgado les han aviaso antes que a nosotros.

— Como es de ley, Manuel.

— Como es de ley, pero no lo corriente en este pueblo, donde todos los paisanos tienen más querencia a los guardias municipales que a los señoritos del juzgado siempre tan enchaquetados y forasteros.

— Eso puedes decirlo. Aquí, siempre se aprecia más a los guardianes del ayuntamiento que a toda la justicia... sobre todo desde que tu eres el jefe de la G.M.T.

— Ya está usted con sus cosas.

— Con mis cosas y las de todo el pueblo. ¿Pero se puede saber que es lo que ha ocurrido?

— Es verdad, don Lotario que usted todavía no lo sabe. Que han encontrado muerto de un tiro en la nuca a Antonio Martínez, el Muñecas.

— No caigo quién es.

— Sí hombre, sí lo ha visto usted mil veces. Aquel que se libró de la guerra porque decía que era cojo, pero nadie le vio dar un mal paso.

— No caigo ahora, pero enseguida veremos.

Don Lotario abrió los ojos contentísimo y se frotó las manos con furia:

— Menos mal que hay un muerto que llevarse a la boca.

— Menos mal, sí señor, que nosotros también tenemos derecho a la vida. Plinio encendió un cigarro en señal de gusto y montados en el coche se lanzaron por la calle de la Feria, camino de la estación.

Llegaron, se apearon rápidos, y un corro de gente, que había allí cerca les dijo.

— Por lo que dice la gente, es Antonio Martínez, el Muñecas, nadie sabe como han podido matarlo así, dijo un hombre con pinta de ferroviario.

— ¿Cómo así? dijo, Plinio.

— Con un tiro en la nuca y tumbado boca abajo. Se ve que no se anduvieron con disimulos. Allí lo tienen “ustés”, junto al despacho antiguo.

Entraron en la estación seguidos de todo aquel personal que aguardaba en la puerta.

Plinio y don Lotario avanzaron hacia donde estaban los del juzgado, entre muchas caras mironas, en aquel momento, el forense le daba la vuelta al cadáver que tenía la cara completamente encaretada y la lengua fuera, como si la muerte diese asco.

— Esta sangre está completamente seca. Se ve que lleva mucho tiempo muerto, dijo don Lotario a Plinio en voz baja, para no opinar donde no lo llamaban. El juez hizo una observación parecida y después de un movimiento de cabeza que demostraba que no tenía la menor duda, dio la orden de que levantasen el cuerpo. Entre dos alguaciles, cogieron la camilla y la sacaron por la estrecha puerta de la estación.

— ¿Tú has conocido al Muñecas, Manuel?

— Estaba tan tinto en sangre, que me ha parecido él, más por lo que han dicho que por lo que vi. Algo parecido me ha ocurrido a mí. He conocido antes al que me contaron que al que llevaban.

Debajo del reloj de la estación, había cinco o seis curiosos que comentaban en voz baja los últimos incidentes. Plinio los miró con interés, intentado fijarse en ellos como acostumbraba.